

## LA RUTA DE LA MEMORIA

El Gran Teatro:  
¡arriba el telón!

El teatro es vida porque la vida es teatro, tangible porque los actores viven en cada función la vida que les toca vivir. El teatro es ilusión y despierta ilusión como en aquel vecino de Getafe que compraba sus entradas en el Gran Teatro.

**H**emos escogido hoy esta instantánea del Gran Teatro de Getafe como parada en nuestra *Ruta*. Una imagen conocida y publicada pero no por ello menos bella.

Todavía permanecían cerradas las puertas de aquella sala. Se adivina, por las sombras proyectadas en el edificio, un atardecer en el Getafe de la primera mitad del siglo XX.

Aquel trajeado vecino parecía preguntar por las localidades de la próxima función, quizá para aquella misma noche, quizá para el fin de semana. ¡Qué mas da! Lo importante es que aquí había teatro y donde hay teatro hay gusto por la cultura, por lo nuestro.

La perspectiva que muestra la estampa nos permite conocer cómo era aquel edificio (en tiempos almacén de grano), bautizado en 1862 como teatro Talismán por María Fernández Gómez, *Mariquita La Música*. De doble planta estaba terminado en un ladrillo visto que dibujaba en la fachada de la primera planta líneas horizontales y en la segunda ca-setones que daban paso a balcones enrejados. Un edificio sencillo que albergaba la puerta principal de medio punto en uno de los extremos de su fachada. Aquella puerta se reabrió en 1910 con la nueva denominación de Gran Teatro, gracias a Antonio de la Fuente, registrador de la propiedad. El mismo año sería también casualmente recordado por la muerte de Ricardo de la Vega autor del libro *De Getafe al Paraíso*, que Barbieri convertiría en 1884 en sainete lírico.

Aquel hombre había remozado completamente el inmueble. Nos cuenta nuestro maestro y cronista Ma-

nuel de la Peña que también el interior fue profusamente reformado y elegantemente decorado.

Y en su descripción, nuestra mente se vuelve al García Lorca, nuestro teatro de hoy. Y es que dice Manuel de la Peña que las butacas y los pasamanos estaban tapizados de rojo terciopelo, y que en el cénit del patio de butacas se pintaron al óleo cuatro medallones con los retratos

de Chapí, Calderón, Caballero y Ayala.

Hoy, en el Teatro Federico García Lorca, unos frescos sobre la platea nos recuerdan a quién está dedicada la sala. Ahora es más fácil sentarse en el Lorca, mirar arriba y adivinar por un momento que idéntica sensación podía sentir hace casi un siglo cualquiera de nuestros abuelos, sentado frente a las tablas del viejo teatro.

Dos pisos de palcos tenía aquel Gran Teatro, el primero con veinte y el segundo con cuatro. En total, 260 localidades, un considerable número si tenemos en cuenta los habitantes con que entonces contaba este pequeño pueblo.

Y como elementos sustentadores, columnas de hierro forjado. Aquel día del año 1910 en que el tramoyista gritara aquello de *¡arriba el telón!*, un buen número de espectadores, muchos de ellos de Madrid, irrumpieron seguro en un sonoro aplauso. Era el aplauso al teatro sin apellidos porque aunque aquel edificio desapareció, las voces de los actores se siguen hoy oyendo en otros como el Lorca. Y el eco de aquella ovación sigue siendo hoy un aplauso a quienes nos siguen haciendo soñar. En el Lorca, por ejemplo.

